

El viaje de transformación Raymond L. Fox

Algo para reflexionar, comentar, y hasta practicar en su viaje



Esperando lo que otros no pueden darnos

Tómese unos minutos para leer o releer la conversación entre Jesús y la mujer en el pozo cerca de Sicar en Samaria (Juan 4:4-26). Jesús le explicó que le podía dar "agua viva." Al no comprender el significado de esta promesa, le preguntó si conocía un lugar especial en donde podía encontrar dicha agua. Entonces, él le pidió que invitara a su esposo a unirse a la conversación. Cuando ella respondió que no tenía esposo, Jesús la sorprendió diciendo que él sabía que, en verdad, ella había tenido cinco esposos y el hombre con quien vivía en ese momento no era su esposo. Él había querido que la mujer entendiera quién era al revelar que ya la conocía aunque nunca se hubieran visto en persona.

Debió haber una razón adicional para revelar lo que conocía de ella. Él no quería avergonzarla o condenarla sino clarificar por qué necesitaba agua viva. Su experiencia con las relaciones era similar a la de nosotros, no es que tengamos múltiples matrimonios sino que podemos tener múltiples relaciones con amigos o familiares que no logran satisfacernos en un nivel emocional más profundo. Muy frecuentemente el problema es que esperamos que nos den algo que no pueden.

El Creador nos diseñó para que le temiéramos a la alienación y aislamiento. El miedo comienza cuando nacemos y permanece con nosotros hasta que morimos. Aunque podemos tener varias relaciones cercanas, muy en el fondo aun sentimos ese miedo. Las conexiones y relaciones nos hacen sentir valorados y cuidados, mientras que nos dan un propósito para vivir al cuidar de quienes nos cuidan. Nuestras vidas parecen tener significado porque sabemos que le importamos a otros. Al mismo tiempo, tenemos miedo de que nuestras relaciones no duren. La

personas van y vienen. Tenemos desacuerdos, discusiones, y enfrentamientos. Nos rehusamos a abrirnos emocionalmente y hablar de nuestros sueños, ansiedades, y dudas por miedo de alienarnos de quienes amamos. Algunos hemos pasado por traumas severos en nuestras relaciones que nos hacen temerle a depender de otros para tener seguridad. Nuestras relaciones también pueden cargarnos de condiciones que tememos no cumplir y por ende perder el tipo de intimidad que disfrutamos.

Nuestros miedos nos llevan a comportamientos egoístas para tratar de mantener a las personas cerca de nosotros: amenazamos, manipulamos, controlamos o nos deprimimos y nos volvemos resentidos. El miedo también se traduce como crítica, envidia y odio hacia quienes no nos valoran de la manera que esperamos. Esos comportamientos egoístas que tenemos para protegernos de sentirnos solos nos llevan hacia más aislamiento.

¿A caso el Creador nos hizo con una falla—miedos que no pueden satisfacerse? Por supuesto que no. El miedo no es un defecto. El Creador diseñó el miedo al aislamiento en nosotros para que busquemos una relación con él. Solamente él puede proveer lo que necesitamos en verdad, y él nunca nos dejará. Por esta razón, Jesús le ofreció a la mujer agua viva. Juan luego nos explicó que “agua viva” era una metáfora que Jesús utilizó para referirse al Espíritu del Padre quien llega a vivir en nosotros cuando nacemos de nuevo (Juan 7:37-39). Nuestro egoísmo nos aísla del Creador quien es amor. Cuando nacemos de nuevo, su espíritu trae la presencia del Padre a vivir en nosotros. Ya no tenemos que temer el estar solos mientras nuestras vidas tienen un significado eterno: ser transformados a su semejanza (2 Corintios 3:18). La sed de la mujer—su sed espiritual ocasionado por la alienación—sólo podría satisfacerse con “agua viva,” la presencia del Espíritu del Padre.

¿Por qué los creyentes aún tienen miedo y tratan de resolver su alienación al rodearse de mucha gente? Aún no han sentido la alegría y paz de comprometerse a la transformación a la imagen del Padre. Necesitamos amigos, pero en vez de esperar de ellos lo que no pueden dar, deberíamos darles lo que fluye desde nuestro interior: ríos de agua viva (Juan 7:38). La solución a nuestra alienación es muy sencilla: “Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 4:16).

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y cinco años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.



Traducción por Alejandra Castro.